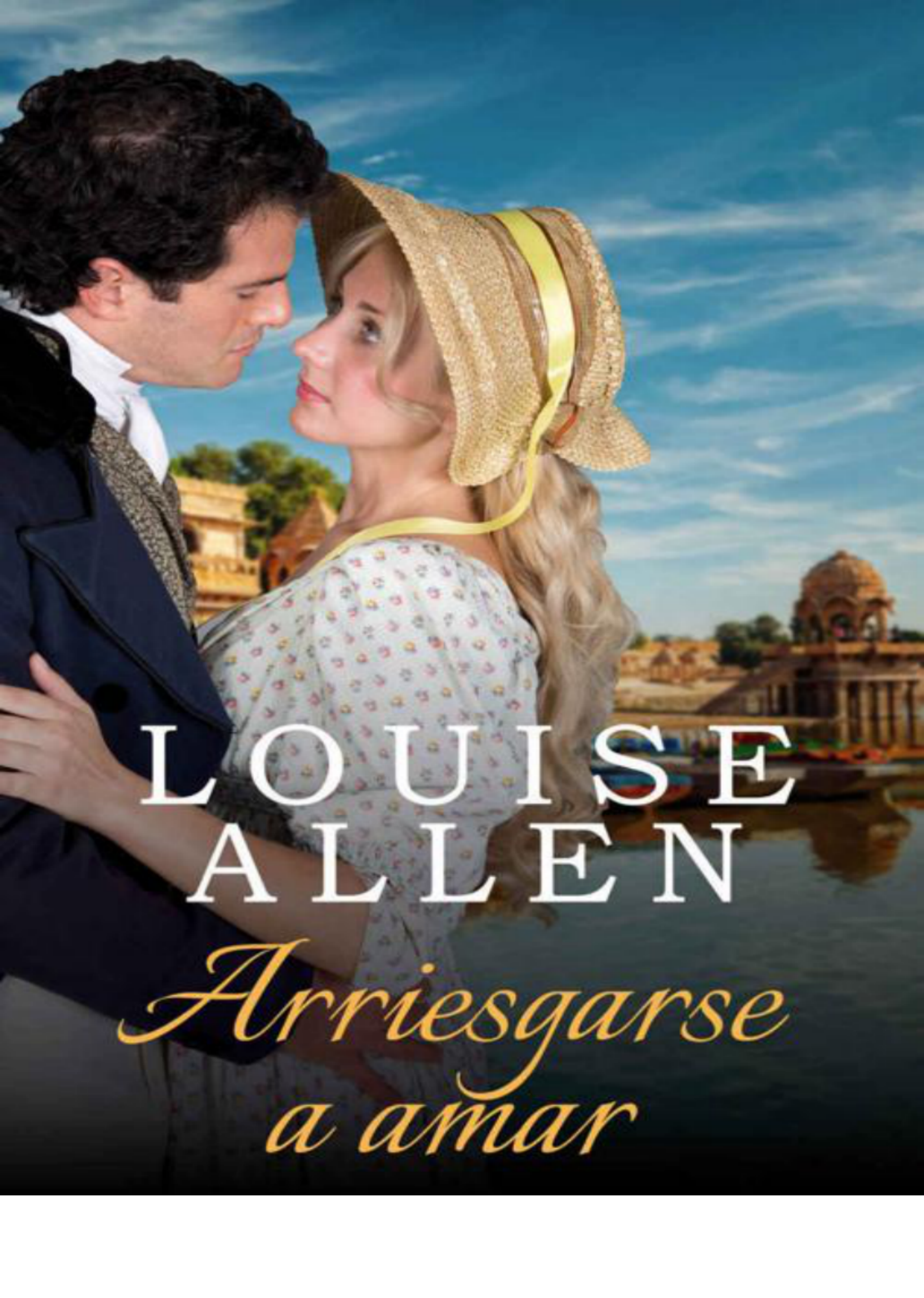

LOUISE ALLEN
Arriesgarse a amar

ARRIESGARSE A AMAR

Un cuento del Período de la Regencia británico

Por Louise Allen

Traducción: Constanza Fantin Bellocq

El puerto, Calcuta, 1809

—¿Lady Joanna Holt?

Por fin. Reprime tu impaciencia, aléjate de la baranda del barco y de las aguas verdosas del río Hugli y alza una ceja. *Así, justo así.*

—¿Señor?

—Soy Sir Alexander Darvell y he venido a buscarla y a transmitirle las disculpas de la señora Atherton. —No era un joven inexperto lleno de excusas, sino un hombre…y un hombre al que no le molestaría en absoluto tener como compañero de mesa para la cena.

Se lo veía impasible, atractivo y no mostraba una pizca de arrepentimiento por haberla dejado varada a bordo cuando todos los demás pasajeros habían desembarcado al amanecer, hacía dos horas.

Sí, sostenía su sombrero de ala ancha respetuosamente en la mano, pero su media sonrisa era más apesadumbrada que conciliadora.

—En realidad, las disculpas son del señor Atherton. Su prima

estaba ocupada en otros menesteres.

—No quisiera incomodar a la señora Atherton —dijo ella. Lo que deseaba fervorosamente era bajar de ese barco maloliente y comprimido -que hacía ya varias semanas había perdido cualquier encanto que la novedad pudiera haberle brindado- y poder respirar de nuevo antes de comenzar el tedioso y desagradable proceso de convencer a su anfitriona de que quería regresar a Inglaterra lo antes posible.

Al menos, ahora, tras el desembarco de las jóvenes cazadoras de marido, había tranquilidad.

La brisa, impregnada de especias y aroma a río, despeinaba el cabello castaño del hombre, cortado con descuido; la zona alrededor de sus ojos color avellana se arrugó en una expresión muy cercana a la diversión.

—En estos momentos, a la señora Atherton la está incomodando la llegada de su primer hijo.

Una dama no se permite quedar boquiabierta.

—No tenía conocimiento de que mi prima estuviera encinta. —Pero considerando lo que tardaban las cartas en recorrer medio mundo de ida y de vuelta, era muy posible que su prima Maria no lo hubiera sabido cuando le envió la invitación. O que Mamá, aferrándose a la oportunidad de apartar a su testaruda hija del centro de un escándalo, no hubiera notado las discretas insinuaciones.

—¿Ella se encuentra bien? ¿Todo marcha como debiera?

La expresión de Sir Alexander se perdió bajo el sombrero que volvió a colocarse en la cabeza.

—Hasta donde sé, sí. He ordenado que desembarquen su equipaje. ¿Dónde está su doncella?

Joanna señaló a la joven que esperaba a la sombra de una vela enrollada.

—Madge, mi prima está por dar a luz. Este caballero nos llevará con ella.

—No, lady Joanna. El señor Atherton sugiere que las lleve a casa de una dama de nuestra confianza por esta noche. La casa está algo alborotada. —Ya estaba avanzando hacia la pasarela, moderando sus zancadas impacientes para ajustarse al paso de ella.

—Tiene usted prisa, sir Alexander.

—Soy el socio del señor Atherton. Su distracción significa que debo atender hoy un asunto importante en su nombre.

*Comerciante*s. Pero no convenía mostrarse altiva al respecto. Al fin y al cabo, estar comprometida con el más noble de los aristócratas no la había salvado de un humillante escándalo. Joanna alzó la vista hacia un cielo ya lechoso bajo el resplandor del sol.

—Prefiero acompañarlo, sir Alexander, a que me depositen en

casa de una desconocida. He estado demasiado tiempo en el mar y agradecería la oportunidad de conocer algo de esta ciudad.

Eso lo detuvo en seco. Siempre era gratificante sorprender a un hombre. Joanna esperó a que su propia sonrisa y los buenos modales de sir Alexander tomaran la decisión por él. Su expresión era impenetrable, el rostro de un jugador de naipes, de mandíbula firme y párpados pesados.

—No hay espacio en mi calesa para su doncella. La enviaré a casa de los Atherton. ¿Tiene usted un velo?

Bien, un hombre de decisiones. Eso le gustaba, aunque tenía firmes sospechas de que el sentimiento no era recíproco.

Cuando Madge desapareció en busca de sus pertenencias, Joanna cayó en la cuenta de que no tendría acompañante. Pero puestos a pensar, ¿de qué le había servido cumplir estrictamente con todas las reglas?

—Gracias, sir Alexander.

Experimentó un momento de temor cuando la silla del contramaestre la balanceó sobre el agua fangosa antes de bajarla al bote. Sin embargo, era solo debido a una aversión racional a las alturas, no dudas sobre la prudencia de pasear por una exótica ciudad oriental con un caballero desconocido. Estaba en un mundo nuevo, en el que no era conocida, donde podía ser libre, aunque solo fuera por un día.

Sir Alexander tenía la agilidad de un atleta, a pesar de ser comerciante. Joanna se llevó una mano a la frente para protegerse del sol mientras lo observaba descender por la escalera hasta el bote.

Giles, el muy maldito, también tenía piernas largas y glúteos bien formados –tuvo una vista perfecta de esos atributos cuando lo descubrió en el jardín de invierno con Amelia Wilkins– pero su actual acompañante tenía la firmeza de un hombre en su plenitud.

—Veo que no le incomoda estar en un bote pequeño, Lady Joanna —observó acomodándose junto a ella. Joanna se vio obligada a apretar los labios rebeldes que se habían curvado en una sonrisa traviesa.

—Estoy disfrutando de la libertad tras haber estado confinada en el barco, señor —respondió. No debía permitir que pensara que era coqueta. Varias de las damiselas a bordo se habían comprometido antes de siquiera divisar la costa de la India y su abundante reserva de magnates de la East India Company y funcionarios hambrientos de novias elegibles. Ella no buscaba marido, ni entre los que habían viajado a bordo del barco ni entre los que esperaban en tierra—. Y del silencio y la tranquilidad.

—¿Esto le resulta tranquilo? —preguntó él con un gesto que abarcaba el puerto, donde pequeñas embarcaciones se deslizaban

como escarabajos de agua en un estanque; se oían voces que llegaban de la orilla y la colorida muchedumbre se agolpaba en las escaleras del muelle.

—Después de semanas rodeada de voces femeninas, sí.

En las orillas del río, una multitud de adultos y niños se bañaba o lavaba la ropa. Otros arrojaban redes al agua. Los colores vívidos se desparramaban por la orilla como el contenido de un alhajero volcado.

—Ah, la Flota de Pesca en plena acción, si me permite una metáfora no muy afortunada —comentó él, mirándola con una sonrisa—. Mis disculpas, es un apodo muy peyorativo.

—No me ofende. Aunque no soy parte de ella. No tengo intención de echar una red entre los solteros ni de intentar atraer a un viudo con una mosca bien lanzada.

—¿No? Qué original de su parte. Lo digo como viudo que soy.

No había respuesta posible que no resultara coqueta o excesivamente recatada. El bote chocó suavemente contra los escalones de granito, resbaladizos por el agua y cubiertos de algas. El bullicio de cientos de voces se elevaba a su alrededor: regateos, risas, una discusión acalorada. Flores y telas se apilaban en estridentes armonías de naranja, púrpura y escarlata.

—Permítame.

Sir Alexander se inclinó, la levantó con facilidad, pasó del bote a tierra firme con la facilidad de un granjero que carga con un cordero y la depositó en la plataforma superior entre pétalos desparramados.

—¿Está segura de que no quiere que la lleve a una de las residencias de ingleses?

—No. —*Respira*—. ¡Esto es fabuloso, como algo sacado de *Las mil y una noches!*

Se dejó en volver en el color y el ruido. Las personas de piel oscura, cabello negro y ojos brillantes la ignoraban, moviéndose a su alrededor como cardúmenes que esquivan una piedra en medio de un arroyo.

—Me quita el aliento. —No podía tener nada que ver con unos brazos fuertes y un tórax ancho, desde luego. Ya debería ser inmune a esas tonterías.

—La mayoría de las damas europeas retroceden horrorizadas.

—Pues entonces, carecen de imaginación.

—Mi calesa está por aquí. —La protegió con su brazo mientras avanzaban por entre la multitud, deteniéndose a cada paso para intercambiar saludos con comerciantes europeos, un indio alto con un turbante amarillo plisado en una gigantesca escarapela, e incluso porteadores.

—Aquí estamos. —Un mozo con turbante sostenía las riendas

de una yegua alazana, cuyas orejas se agitaban entre el enjambre de moscas.

Sir Alexander la acomodó en el carruaje y subió.

-—¿Entonces cree que sus compatriotas carecen de imaginación? ¿Quiere decir que no tienen almas románticas y no aprecian esta exótica escena tanto como usted?

—¿Piensa que solo soy capaz de admirar lo romántico? Que lea *Las mil y una noches*, no significa que sea hueca.

La mayoría de los caballeros trataban a las damas como si fueran cabezas huecas decorativas y una aprendía a pasarlo por alto, pero por algún motivo, viniendo de ese hombre, le dolió.

—Creo que no ven más allá de la suciedad y las moscas como para poder apreciar tanto la belleza como la dura realidad que hay detrás.

—Me disculpo, fue condescendiente de mi parte.

Ahí estaba otra vez esa leve sonrisa, algo apesadumbrada. *Y encantadora…¡Pero por el amor de Dios! Era un completo desconocido*.

—Por favor, no le dé importancia. ¿Adónde vamos?

—A ver a un comerciante indio que está ayudando a Atherton a reunir un cargamento de textiles para Londres. Debería bajarse el velo hasta llegar a los aposentos de las mujeres.

—¿No puedo conocerlo?

—No se estila. Pero podrá observar y escuchar.

—No hablo su idioma. —El pánico repentino de ofender a alguien sin intención hizo que su voz se agudizara—. ¿Y si hago algo mal?

—Junte las manos y haga una reverencia cuando los salude. No rechace ningún refrigerio y coma solo con la mano derecha.

Su tranquila certeza de que ella se desempeñaría bien la tranquilizó.

—Muy bien. Buena suerte, espero que consiga un buen precio.

—La suerte no tiene nada que ver —respondió Sir Alexander mientras el caballo giraba entre altos muros.

Las puertas ornamentadas se abrieron con un chirrido, varios sirvientes se les acercaron y Joanna se acomodó el velo sobre la cara. Además de seguir las convenciones, también ocultaba su sonrisa ante la serena confianza en el tono de él. ¡Tan seguro de sí! Aunque intuía que era con buena razón.

Media hora más tarde, sentada sobre una pila de resbaladizos cojines, Joanna no vio nada que la hiciera cambiar de opinión. No entendía lo que decían los dos hombres sentados en la sala con arcadas en el la planta inferior, pero comprendía el lenguaje corporal y vería las reacciones de las esposas de Devdan Khan.

Le ofrecieron otro vaso de sorbete y otro plato de extrañas delicias, dulces y a la vez picantes. Las aceptó con una sonrisa.

Sus anfitrionas parecían empeñadas en alimentarla hasta que estallara, y el corsé no era precisamente una prenda diseñada para climas cálidos ni para sentarse elegantemente en el suelo. Pero una dama nunca mostraba incomodidad.

Una de las esposas, Nadia, ahogó una leve exclamación y se inclinó hacia adelante para observar la escena en la planta baja. Su esposo se encogió de hombros y ambos hombres aplaudieron, palma con palma. Parecía que hubieran cerrado un trato. El indio entregó un pequeño paquete, y Sir Alexander correspondió con otro.

—Su hombre —dijo Nadia en su inglés entrecortado—. Él es… inteligente.

—¿Ha conseguido un buen trato? —No se sentía capaz de explicar que Sir Alexander decididamente no era "su hombre". Además, la idea de que hubiera hecho un buen negocio le resultaba bastante agradable.

La otra mujer asintió.

—Hombre duro. Mi señor lo admira.

Cuando por fin consiguió escapar de sus nuevas amigas y reunirse con Sir Alexander en el patio, vio la satisfacción en su sonrisa.

—Felicidades. Entiendo que salió victorioso.

—¿Cómo lo sabe, Lady Joanna?

—Lo estuve observando. Negocia con firmeza y me di cuenta de que obtuvo lo que quiso. Nadia dice que es un hombre duro y que su señor lo admira.

—¿De veras? —Parecía divertido.

—¿Qué era lo que estaba negociando?

—Seda dorada. Mire en el paquete. Devdan Khan dijo que era un obsequio para mi señora.

—Yo no soy… —No era el tipo de conversación en la que debería involucrarse, ni siquiera para negarlo.

Abrió el papel de seda y desplegó una chalina de un color dorado resplandeciente, fresca y viva al tacto.

—¡Qué bonita! ¿Qué tintura es?

—Es el color natural. Proviene de Assam, de una variedad muy escasa de gusano de seda. Ahora que el asunto más importante está resuelto, iremos al mercado de flores para encargar guirnaldas como obsequio a los Atherton por el nacimiento de su hijo. ¿Le molestan las multitudes?

—En absoluto, aunque teniendo en cuenta que aquí la multitud hace que el Strand en un día concurrido parezca un camino rural, es un poco tarde para preguntar.

—El mercado de flores hará que esto parezca ese camino rural, créame.

No había esperanzas de avanzar más rápido que a paso de tortuga. La mayoría de la gente iba a pie, pero había carretas tiradas por bueyes y diminutos burros a los que solo se les veían las patas bajo enormes cargas de cañas. Y también…

—¡Camellos! ¡Mire, hay camellos! —Joanna se dio cuenta de que estaba aferrada al brazo de Sir Alexander y brincando de emoción —. Oh, le ruego me disculpe…

—Un elefante, allí. —Él señaló con su fusta y Joanna se quedó mirando a la enorme bestia que pasaba; su pequeño ojo con largas pestañas la observaba con serenidad. Cuando se encontraron siguiendo su descomunal trasero, esa piel gris arrugada que se balanceaba mientras la multitud se abría a su paso, la mano de Joanna seguía enganchada en el codo izquierdo de Sir Alexander. Por algún motivo le resultaba incómodo retirarla.

—¿Por qué está aquí, si no busca un esposo? —preguntó él sin rodeos.

—Por que descubrí a mi prometido enredado con una amiga en el jardín de invierno durante una recepción y no quise hacer lo que se esperaba de mí, que era fingir que no había pasado nada. Verá, es un excelente partido. Así que le arrojé un helecho en maceta y todo el mundo escuchó y vio lo que sucedía. Mamá decidió que lo único que se podía hacer era enviarme con mi prima Maria. En el mejor de los casos, encontraría un esposo rico aquí, y en el peor, regresaría en uno o dos años y todos habrían olvidado el escándalo.

—¿Solo le arrojó una planta? Admiro su moderación. En su lugar, habría pensado en castrar a ese cerdo con tijeras sin filo.

—¡Qué sugerencia tan espantosa, Sir Alexander! —De algún modo, consiguió no estallar en carcajadas—. Por desgracia, el helecho era lo único que tenía a mano.

—Es usted una mujer sensata. No se quede aquí.

La diversión había desaparecido de su voz.

—No tengo intención de hacerlo. Me quedaré tal vez un mes, por cortesía, y ahora con más razón, para ver si puedo ayudar a mi prima. Después, tomaré el primer barco disponible de vuelta. No hay nada para mí, aquí.

Él emitió un gruñido de aparente satisfacción.

—¿Pero por qué me insta a marcharme?

—Porque este país absorbe a cientos de personas y la mayoría no sobrevive a la experiencia. No es un sitio para damas de crianza refinada ni para sus hijos.

—He visto europeos en todos los sitios donde hemos estado hoy. Y usted está vivo y goza de buena salud.

—Usted ve a los hombres. He vivido en India desde los diecinueve años, me he pillado todas las enfermedades que me puso en el camino, y he sobrevivido. Este… este *mercado* de jóvenes esposas desechables es obsceno.

Había más detrás de sus palabras que una observación imparcial.

—¿Su esposa murió joven?

—Sí. Con nuestro hijo. Fiebre.

—Alex, lo siento mucho. —Se dio cuenta que se le había escapado el nombre—. Oh, le ruego me disculpe.

—No me molesta, nadie más me llama así.

Su esposa no lo llamaba así, eso es lo que quiere decir.

—Quise decir…

—Lo sé. Fue hace seis años. —Parecía estar eligiendo las palabras con cuidado—. Ella llegó con la Flota. No fue un matrimonio por amor, sino simplemente por conveniencia.

Pero a él le importaba y el dolor seguía allí, por más que intentara ocultarlo.

—Como también hubiera sido el mío. —*Conveniente. Sin amor* —. Regresaré a Inglaterra, me convertiré en una solterona excéntrica y escribiré novelas tórridas sobre romances orientales.

Alex soltó una carcajada.

—Eso sería un verdadero desperdicio, Lady Joanna.

—Llámeme Joanna, por favor. Nos estamos tomando un día libre de convenciones ¿no es así?

—Creo que sí. Aquí está el mercado de flores.

Era una observación innecesaria. A su alrededor, todo era color: se derramaba en montones, corría en ríos, goteaba de postes y trípodes. Colores cuyos nombres ella no conocía, flores que jamás había visto, ni siquiera imaginado, salvo quizás en algún delirio febril. Una abundancia sensual y generosa que llenaba un espacio del tamaño de la plaza de un pueblo.

Y gente por todas partes, gritando, trabajando, volcando grandes cestos de mimbre llenos de más flores; sentados, creaban guirnaldas y tapices que se apilaban a su alrededor. Una vaca con giba deambulaba arrancando bocados a su paso, sin que a nadie pareciera importarle. Camellos, con las patas dobladas como trípodes de agrimensor miraban con desdén desde su posición de reposo; una cabra trotó hasta Joanna e intentó mordisquearle el borde del vestido.

—¡Fuera! —exclamó Joanna, agitando su parasol para espantarla.

Alex dio una orden al mozo, que saltó del carruaje y ahuyentó al animal.

—Naresh se quedará a cuidarla. No hay peligro, pero se

asegurará de que las cabras no se acerquen.

—¿Por qué no puedo ir con usted? —No quería que Alex se adentrara por su cuenta en esa atmósfera de carnaval a comprar guirnaldas para celebrar el nacimiento del hijo de otro hombre, sobre todo tan pronto después de esas breves palabras sobre su pérdida. De alguna manera había dejado de ser solo un caballero apuesto, conocido por casualidad, pera convertirse en alguien cuya inteligencia y humor admiraba. Alguien que le importaba.

Alex ya estaba junto al mozo; fuerte, inteligente, seguro de sí mismo. ¿Qué podía hacer ella para ayudar a un hombre así? *Estar presente*, se dijo Joanna.

Ella tampoco acostumbraba a demostrar sus sentimientos y nadie había visto el dolor que había debajo de su enojo con Giles. Nadie había interpretado su sufrimiento como algo más que un problema. Alex le había permitido un atisbo de su propia tragedia porque se preocupaba por ella, y ahora le correspondía a ella distraerlo de sus fantasmas.

—Permítame ir con usted.

—¿Con esos zapatos? —preguntó él, inclinándose ligeramente para inspeccionar su pie izquierdo—. Lo que hay bajo nuestros pies aquí es indescriptible.

Joanna se recogió las faldas; sabía que tenía bonitos tobillos.

—Los tiraré después —dijo, extendiéndole la mano.

Alex vaciló por un instante y luego la bajó del carruaje con un movimiento ágil.

—Será bajo su responsabilidad.

Ambos se rieron y él la tomó del brazo para guiarla dentro de ese mar de confusión.

—¿Cuánto cuesta todo esto? —preguntó Joanna mientras él negociaba la entrega de lo que parecía ser una tonelada de guirnaldas en el domicilio de los Atherton.

—*Paise*. Peniques. Esta gente se gana la vida trabajando muy duramente. Bien, regresemos a la calesa.

—No, por favor. Me encanta todo esto…¿podemos explorar un poco más?

—Si lo desea. ¡Cuidado! —Alex la tomó de la cintura y la apartó del camino de un porteador que no veía delante de él por la carga de follaje que llevaba.

La mantuvo sujeta un momento, con manos firmes y fuertes. Joanna levantó la mirada, divertida y algo desconcertada. Lo que vio en sus ojos apagó la risa en sus labios, pero no sintió timidez alguna y mantuvo la sonrisa. Alguien chocó con su espalda y la empujó contra él.

Las manos de Alex subieron para sostenerla.

—Yo… —Carraspeó—. Creo que una de las calles laterales estaría menos concurrida.

—Sí —respondió Joanna, fijando la vista en la pechera de su camisa de lino, a un palmo de su nariz.

Ninguno de los dos se movió por un instante, hasta que él dijo:

—Venga, permítame tomarla del brazo. Iremos por aquí.

Joanna levantó la mirada. Podría haber creído que el momento nunca existió, de no ser por el rubor en sus mejillas y el movimiento de la nuez de la garganta de él cuando tragó con dificultad. Lo mejor sería fingir que nada había ocurrido. Se apartó suavemente para dirigirse hacia una pila de flores extrañas, de color violeta y rosa, extrañamente plisadas, pero él le sujetó la mano.

—Si la pierdo aquí tal vez no la vuelva a encontrar.

¿Era su imaginación o había capas de significado bajo esa simple advertencia?

—Sí —coincidió Joanna y entrelazó los dedos con los de Alex —. No quisiera perderlo.

—¡Darvell, *sahib*!

Alex la guió hacia donde un comerciante regordete saludaba desde detrás de una montaña de rosas. Joanna no comprendió las palabras, pero captó *memsahib* y notó cómo Alex entornaba los ojos repentinamente. El hombre salió de entre sus flores, con una guirnalda de rosas rojas en cada mano.

—No.

—¡Pero son tan hermosas! ¿No puedo aceptarlas? Si me prestara el dinero…

—Se las ofrece como un obsequio. —Las flores ya estaban alrededor del cuello de Joanna. Resignado, Alex inclinó la cabeza para recibir su propia guirnalda.

—Serás muy feliz, *memsahib* —dijo el hombre—. Darvell *sahib* es un buen hombre. Te dará muchos…

—¡*Band karo*! —El hombre se interrumpió y esbozó una sonrisa avergonzada.

—Gracias. Venga, Joanna.

—¿Qué ocurre? —El perfume era embriagador, no la fragancia suave de las rosas inglesas, sino algo más denso, perfumado y profundo. Sensual.

—Estas son flores para un compromiso. Cree que estamos prometidos.

De pronto se encontraron fuera del mercado, sobre la hierba de la orilla del río. A pocos pasos de allí, el Hugli fluía, barroso, marrón.

—¡Pero hace solo medio día que lo conozco! —Joanna escuchó sus propias palabras e intentó recuperarlas—. No es que nos haya visto juntos muchas veces como para llegar a esa conclusión.

—No —asintió Alex, apartando unas hojas secas de una roca a la sombra para que ella se sentara. No hizo el menor esfuerzo por quitarse la guirnalda cuando se sentó a su lado.

—Pensé que odiaría la India —comentó Joanna, sorprendida al descubrir que su mano se había entrelazado con la de Alex de nuevo.

—No la conoce. ¿Cómo se puede llegar a amar…algo después de tan solo unas pocas horas?

—El amor es un sentimiento, un instinto. Creo que puede ser instantáneo o puede crecer. Creo que nos encuentra a nosotros, no podemos buscarlo. Nunca imaginé que me encontraría a mí.

A su lado, Alex se había quedado inmóvil. Quizás estaba avergonzado por la intensidad de sus palabras. O tal vez negaba esa verdad. Joanna tragó el nudo en su garganta y cambió intencionalmente el tono de la conversación.

—Puedo ver que aquí hay peligros además de belleza. Veo la pobreza, huelo las aguas residuales. —Señaló hacia arriba, al ver una columna ascendente de humo—. Están cremando un cuerpo ¿verdad?

—Sí, eso es un *ghat* de cremación. Y los restos serán arrojados al río; esto es parte del Ganges, y por lo tanto, sagrado.

—Ciertamente no me tienta bañarme en el río. Pero tampoco me repugna, si eso es lo que esperaba.

—No tengo claro qué esperar de usted. —Fue casi un susurro. Un susurro furioso, como si hubiera batallado contra las palabras y perdido—. No esperaba encontrarme con usted.

—Ni yo con usted.

Ella se volvió para mirarlo a los ojos.

—Y lamenta que esté aquí.

—Sí. Debería volver a casa.

El corazón de Joanna dio un vuelco. Él temía por ella. Quería que se quedara, a pesar de lo que pudiera decir.

—No me iré. Este año no, al menos. Y la amistad o el rechazo de una persona no cambiarán nada; que mi decisión no pese en su conciencia.

—¿Amistad? —La sonrisa de Alex no llegó a sus ojos; fijó la mirada en el río, al parecer fascinado por los esfuerzos que hacía una pesada barcaza para atracar junto a una embarcación de mayor tamaño—. En la India se considera muy escandaloso besarse en público —comentó, como si fuera un pensamiento al azar.

Ella ahogó una exclamación de sorpresa.

—No muy diferente de Mayfair, ¿verdad?

Él soltó una carcajada mientras se ponía de pie.

—Nunca he conocido una mujer como usted. Venga, le mostraré algo.

No hablaron mientras la guió de regreso por el mercado ni

cuando la ayudó a subir al carruaje y condujeron por una calle con un muro alto a la izquierda. Al llegar a un portón, se detuvo y Naresh tomó las riendas, impasible como siempre.

¿Dónde estamos? Por algún motivo incomprensible, le resultaba invasivo preguntar, así que siguió a Alex entre dos puestos de guardia y entraron en un jardín. O quizás un amplio terreno con vegetación. Le tomó un momento darse cuenta de qué era.

—¿Un cementerio?

Los senderos se ramificaban bajo los árboles y por todas partes se veían obeliscos y columnas, pequeños mausoleos de estilo clásico. Tumbas y monumentos. Se acercó a la primera inscripción y le quitó el polvo.

—Léalos. —La voz de Alex sonó tan áspera que ella tuvo que volverse para confirmar que era él quien había hablado. Comprendió que él contaba con que estos testamentos de piedra le enseñaran la dura verdad sobre India. Pero ella ya había comprendido los riesgos.

Pero, por lo visto, no la realidad del dolor y la tristeza. *Sarah Bright, amada esposa… fallecida a los 19 años. Jane Maddox… 25 años.* Listas de niños, no menos conmovedoras por estar grabadas en piedra. Una familia había perdido a seis hijos. "Fallecido al año y tres meses, a los cinco meses y dos días. A los cuatro días…"

Muchos jóvenes, también, habían muerto en la mejor edad. Tenientes, abogados, comerciantes. Diecinueve años, veinticuatro, veinte. *Segados en la plenitud de su vida.*

El sitio era extrañamente apacible, con sombra profunda y puntos de luz brillante que iluminaban una cúpula aquí, una inscripción allí. El único sonido era el susurro de las hojas bajo sus pies y el canto de los pájaros sobre sus cabezas.

Quizá fue el azar lo que la llevó hasta una tumba sencilla. *Amelia Anne Darvell, hija de James Hughes de Braughing, Hertfordshire, esposa del barón Sir Alexander Darvell. Murió a los 23 años… y su hija Elizabeth de dos meses y diez días.*

Había una corona fresca de rosas rojas al pie de la tumba y Joanna, con un gesto solemne, se quitó la guirnalda del cuello y la colocó bajo la inscripción. Luego fue a sentarse en un banco a la sombra, tan inmóvil que las pequeñas ardillas rayadas comenzaron a corretear y parlotear alrededor de sus pies.

En menos de doce horas había conocido a un hombre que, contra toda lógica, le había quitado el aliento y robado el corazón, y al parecer, él también sentía algo por ella. ¿Acaso tenían futuro?

Allí junto al río había sido muy simple vencer la cautela de él con su propia decisión de quedarse. Así tendrían tiempo para conocerse, para nutrir ese sentimiento, fuera lo que fuere. *¿Amor, quizás*?

Pero ahora Joanna entendía lo que ella le estaba pidiendo. Alex ya había pasado por esto una vez, había perdido a una esposa y a un bebé. ¿Podía pedirle que se expusiera a ese dolor y ese sufrimiento otra vez?

En una esquina del cementerio, vio una pequeña fuente de agua fresca. Cuando tuvo la certeza de que sus ojos y su rostro reflejaban serenidad, volvió al portón donde Alex la esperaba. Se detuvo en la sombra y le tendió la mano. Tras unos segundos, él se acercó y se la tomó.

—Podría ahogarme en un naufragio regresando a Inglaterra —dijo Joanna, levantando la otra mano para detenerlo cuando intentó hablar—. No, déjeme terminar. Podría romperme el cuello al caer de un caballo. Podría coger una fiebre en Londres o morir a causa de una infección. En una semana puede que usted y yo descubramos que significamos algo el uno para el otro o que, en realidad, no tenemos nada en común. Pero podría volver a Inglaterra, vivir hasta los ochenta años y lamentar toda mi vida no haber arriesgado mi corazón y no haberle pedido a un hombre que hiciera un sacrificio aún mayor y arriesgara el suyo.

Alex tenía la mirada perdida en algún punto más allá de uno de los polvorientos senderos.

—Elijo quedarme y correr el riesgo. Sé lo que le estoy pidiendo, y lo entenderé si no vuelvo a verlo excepto como el socio comercial de mi primo George.

Él pareció regresar de un sitio muy lejano.

—Iremos a casa de los Atherton ahora. El calor debe haberla cansado —dijo, como si estuvieran hablando de una simple visita al jardín botánico.

Joanna hecho su jugada y perdido. No le permitiría ver que aquello la afectaba; sería la peor clase de súplica. Su entrenamiento en el arte de la compostura, perfeccionado en el despiadado ruedo del Mercado Matrimonial Londinense, acudió en su ayuda.

—Gracias, confieso que estoy un tanto fatigada. Le agradezco que me haya mostrado algo de la Calcuta auténtica.

—Ha sido un placer.

El bebé era diminuto. Demasiado pequeño para el desfile de nombres que su orgulloso padre había pronunciado. Joanna se encontró con la mirada azul y desenfocada del niño y sonrió.

—Sí, Georgie, hay un mundo enorme y confuso allí fuera. Vuelve con tu nodriza ahora.

Se lo entregó a su *ayah* y observó cómo su primo George los escoltaba de nuevo a la planta superior, donde esperaba su exhausta esposa. Luego volvió la vista hacia las puertas abiertas que daban a la

veranda.

—Ya puede entrar —dijo. Hacía diez minutos que había escuchado el suave crujir de la grava y había visto la larga sombra proyectándose sobre las tablas.

Alex cruzó el umbral, con el sombrero en la mano y se quedó mirándola con seriedad.

—¿Ambos están bien?

—Eso dicen todos. ¿Ha venido a decirme que no me encariñe demasiado con el pequeño Georgie, ¿no es así?

—He venido porque los Atherton son mis amigos. Me quedé afuera porque la estaba observando con el niño en brazos. Y estoy aquí ahora porque he estado pensando en lo que dijo en el cementerio. Tiene razón. Si no tenemos el valor de esperanzarnos ni de arriesgarnos, ¿qué futuro nos queda?

—¿Hay un futuro para nosotros? —Qué difícil le resultaba hablar, como si se le hubieran vaciado los pulmones de aire.

Alex sonrió y lanzó su sombrero hacia la esquina de la habitación.

—Ven —ordenó, abriendo los brazos—. Averigüémoslo.

—Pensé que besar en público se consideraba inmoral en la India.

Cerró los ojos y dejó que sus otros sentidos la guiaran. El pulso de Alex latía fuerte bajo sus dedos. Percibió el aroma a sándalo, a lino fresco y al ya familiar aroma del jabón que él usaba.

—En público, sí —susurró Alex. Su aliento rozó el rostro de Joanna cuando ella echó la cabeza hacia atrás y abrió los ojos para encontrarse con una intensa emoción en los de él—. Aquí solo estamos nosotros, Joanna. Solos.

He llegado a casa, pensó Joanna cuando los labios de él se encontraron con los suyos, suaves, curiosos y de pronto, confiados. *Y él también.*

FIN